

## Un ser excepcional (\*)

Hace ahora un año que se fue el padre Antonio Beristain, ese cura jesuita bueno, y no tuve tiempo de despedirme. Se fue en Navidad porque sabía lo mucho que las víctimas del terrorismo sufrían en esta época de recogimiento familiar. Decidió irse con todos los que ETA había asesinado. A consolarles, a amarles. Porque ese amor que rezumaba por los cuatro costados, este cura sin alzacuellos, era insuperable. Tanto que le hizo enfrentarse a una jerarquía vasca, de entonces, absolutamente impresentable con el sufrimiento de las víctimas. Pero no cejó. Supo que su labor ministerial estaba junto a esas pobres criaturas descerrajadas por una tiro en la nuca, o golpeadas por una miserable bomba lapa. ¿Quién dijo que por una maldita patria había que matar en el cuartel de Santa Pola a una niña? ¿Quién ordenó vaciar el cargador de una miserable pistola en la cabeza vasca del hermano de mi amiga Maite Pagazaurtundua para defender no sé qué bandera?

Él siempre estuvo del lado de las víctimas y por eso yo le admiré tanto. Y porque me encantaba su nivel de compromiso y su facilidad para enfrentar el destino. Y me maravillaba su decisión de enfrentarse a quien hiciese falta, jefes eclesiales incluidos, por un guardia civil maltrecho. Porque no pasaba una a esa jauría de criminales que habían asesinado a todos los buenos. Porque como le escuché decir "ni una sola víctima de ETA merece morir a manos de ninguno de estos iluminados". La muerte no es patrimonio de la pólvora, de quien la utiliza.

Yo tuve la suerte de conocer a este jesuita maravilloso. Sé que no soy imparcial, ni objetivo. Mi formación con los jesuitas siempre me hizo admirarlos. Pero no todos son iguales. Antonio, mi querido cura de corbata y traje enjuto, era un ser excepcional. Intellectualmente brillante y un profesor de la escuela de los elegidos. Como dijo el catedrático de Filosofía del Derecho de la Universidad de Alicante, el profesor Manuel Atienza: "En sus clases no sólo se aprendía Derecho Penal, sino también algo todavía más importante para un estudiante universitario: se aprendía lo que significa ser un intelectual honesto y valeroso".

Lo dejó todo preparado como si supiese que el fin, que el Señor al que había servido, le iba a llamar pronto. Pidió que sus cenizas reposasen en el cementerio donostiarra de Polloe, al lado de uno de sus amigos y discípulos, Javier Gómez Elósegui, asesinado por ETA, funcionario de prisiones y profesor del Instituto Vasco de Criminología -centro que había creado él-. Como un último guiño a tantas víctimas por las que había gritado: ¡justicia! Su mirada limpia, vasca de verdad, sin mentira y con toda la fuerza de su fe volcada en los llantos de las familias destrozadas por un puñado de bárbaras ideas y por una banda de pistoleros. No hay derecho a seguir viendo a esos niños entrar detenidos burlándose y gritando "goras" a una serpiente matarife. Todo lo que construyó mi amigo Antonio fue el perdón y la reconciliación. Pero eso suponía empezar a reconocer que los asesinos habían cometido asesinatos. Y el perdón sólo viene del arrepentimiento, no del envalentonamiento.

La homilía por su eterno descanso también la tenía diseñada. Pidió que fuese otro gran jesuita, el catedrático Fernando García de Cortázar, otro perseguido por ETA, que la pronunciase. Y Fernando no defraudó. Se arremangó el hábito para denunciar todos los silencios cómplices ante la muerte y la valentía de Antonio por denunciarlos. Y cito: "Tu vida, Antonio, y tu magisterio han sido para todos nosotros una inyección de moral, de una moral que necesitamos frente al terrorismo, frente a la devaluación de las palabras, frente a la vacuidad de los principios, frente a ese espacio deshabitado de convicciones de aquellos que siempre reman a favor del viento y son tan propensos a ponerse del lado de los verdugos y no de las víctimas. Así mismo, sabemos que la tiranía totalitaria no se edifica sobre las virtudes inexistentes de los totalitarios, sino sobre la molicie, sobre la tibieza, la pusilanimidad y la equidistancia de los demócratas. ¡Nuestra sociedad se ha envenenado tantas veces por la indiferencia o por el miedo! [É] Antonio, compañero del alma, compañero. Albert Schweitzer, probablemente el Premio Nobel de la Paz más merecido de la historia de estos premios escribió: Con veinte años todos tienen el rostro que Dios les ha dado; con cuarenta el rostro que les ha dado la vida y a partir de sesenta el que se merecen". Para mí, Antonio tenía el rostro de Dios hasta el final.

**Francisco Sánchez**

---

(\*) Publicado en <http://www.diarioinformacion.com/opinion/2010/12/19/opinion-excepcional/1076920.html>